



03\_ Con nombre propio: singularidades



“La liturgia tiene unos fines supremos, que constituyen su vida misma, y de los que la arquitectura tiene que ser la más fiel expresión y el más propio ámbito...  
Una arquitectura que asuma en la concepción todas las artes como la liturgia misma, hasta la música...  
En la poesía mística no cabe el cinismo. ¿Por qué el plano de un templo no ha de ser una página de mística?”

José Luis Fernández del Amo, 1949

# Proyectar lo trascendente. Las iglesias de colonización de Fernández del Amo

Miguel Centellas Soler, arquitecto

José Luis Fernández del Amo fue arquitecto del Instituto Nacional de Colonización desde 1947 hasta 1967. En el transcurso de esos años, construyó los más hermosos pueblos de colonización, diseminados por una España mal comunicada y sin apenas infraestructuras. La relación por orden cronológico es la siguiente: Belvis de Jarama (Madrid, 1951); San Isidro de Albaterra (Alicante, 1953); Vegaviana (Cáceres, 1954); Villalba de Calatrava (Ciudad Real, 1955); El Realengo (Alicante, 1957); Campohermoso (Almería, 1957); Las Marinas (Almería, 1958); Cañada de Agra (Albacete, 1962); La Vereda (Córdoba, 1963); Miraelrío (Jaén, 1964); Puebla de Vácar (Almería, 1966) y la ampliación de Jumilla (Murcia, 1969), lugares de la geografía española (Extremadura, Andalucía, Castilla) que resaltan en el paisaje con los blancos volúmenes prismáticos de las torres de sus iglesias y se convierten en hitos de referencia y localización de los pueblos.

El propósito de este artículo es analizar los centros parroquiales que se construyeron en once de los doce pueblos que proyectó (y son once porque en Jumilla sólo trabajó en la ampliación y ya había iglesia en el pueblo), más que incidir en los aspectos arquitectónicos y urbanísticos que ya son bastantes conocidos.

## Contexto europeo en la primera mitad del siglo XX

Cuando en 1951 Fernández del Amo construyó la primera iglesia en Belvis de Jarama, en Europa aún estaban recientes los desastres de la Segunda Guerra Mundial y España empezaba a recuperarse de la destrucción de la Guerra Civil.

En el entorno de la arquitectura sacra antes de las guerras deberían destacarse principalmente los edificios nórdicos de Asplund y Lewerentz, así como el conjunto de la obra de los más importantes constructores de iglesias en la primera mitad del siglo veinte en Alemania: Dominikus Böhm (1880-1955) y sobretudo Rudolf Schwarz (1897-1961) que, influenciado por el teólogo Romano Guardini, escribió en 1938 el libro *Vom Bau der Kirche* (*De la construcción de iglesias*) prologado por Mies van der Rohe.

En España, terminada la guerra, el régimen de Franco estaba más preocupado en la reconstrucción del Patrimonio que en la realización de nuevas iglesias. En Madrid, en 1941, se convocó el concurso para la terminación de la Catedral de la Almudena y, al año siguiente, Miguel Fisac, figura fundamental en la arquitectura religiosa en los años cincuenta y sesenta, construyó la Capilla del Espíritu Santo para el recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) sobre los restos de un auditorio de Arniches y Domínguez de 1933.

En 1946, Luis Moya recibió el encargo de una parroquia cerca de El Viso, pero los hechos más importantes se produjeron en 1949 cuando el equipo formado por Francisco Javier Sáenz de Oiza y Luis Laorga ganaron los concursos de la Basílica de la Merced en Madrid y del Santuario de Aránzazu en Guipúzcoa, que con criterios diferentes representaron el primer paso para la evolución de la arquitectura sacra en España. Aránzazu significó, sobretudo, con la aportación de unos jóvenes Carlos Pascual de Lara, Jorge de Oteiza, Eduardo Chillida, Néstor Basterrechea y Lucio Muñoz entre otros, el inicio de la modernización del arte sacro, que sería continuada en octubre de 1951 con la fundación del Museo de Arte Moderno, que tuvo como primer director a José Luis Fernández del Amo, en febrero de 1952.

## **El programa religioso**

El programa estaba precisado en la circular nº 246 de INC, de 1949, y se fijaba en función de los habitantes del poblado. Hasta 50 se utilizaba la escuela como capilla. De 50 a 100 se establecía una capilla con sacristía. De 100 a 200, la iglesia, además de sacristía, contaba con archivo parroquial, aseos, locales de Acción Católica y vivienda del sacerdote. Si la población era más numerosa se mantenía el mismo programa. El tamaño de las iglesias era parecido; sin embargo, las diferencias eran manifiestas en las dependencias parroquiales. Las más grandes se ordenaban alrededor de un patio que presentaba diferentes posiciones respecto a la iglesia. Unas veces era cerrado (Vegaviana), otras veces abierto mediante un porche a la fachada principal del edificio (El Realengo), o la parte posterior (Miraelrío) o como lugar de acceso a las dependencias de Acción Católica (San Isidro de Albaterra).

No hay referencias normativas respecto al tamaño de las iglesias, a pesar de que las circulares del INC definían de una manera muy precisa muchos parámetros de superficies. La más grande es la de Vegaviana, de unos 460 m<sup>2</sup>, sin incluir las dependencias parroquiales, y la más pequeña la de Villalba de Calatrava, de 190 m<sup>2</sup>; en general el tamaño de la nave principal oscila entre 150 y 260 m<sup>2</sup> sin considerar la superficie de las naves laterales, una o dos paralelas a la principal, que se presentan siempre en todas las iglesias preconciliares, excepto en Villalba de Calatrava.

## **La planta basilical**

José Luis Fernández del Amo escribía en 1949: "La liturgia tiene unos fines supremos, que constituyen su vida misma, y de los que la arquitectura tiene que ser la más fiel expresión y el más propio ámbito... Una arquitectura que asuma en la concepción todas las artes como la liturgia misma, hasta la música... En la poesía mística no cabe el cinismo. ¿Por qué el plano de un templo no ha de ser una página de mística?" (FERNÁNDEZ DEL AMO, 1948).

Entre 1951 y 1955, Fernández del Amo proyectó las iglesias de Belvis de Jarama, San Isidro de Albaterra, Vegaviana y Villalba de Calatrava. Las plantas presentan un trazado basilical con el presbiterio, a modo de ábside, claramente diferenciado de la nave central. En la primera, el acceso se realiza por uno de los laterales del templo y en el otro se disponen tres capillas de clara tradición clásica. En las otras tres, dotadas de una rotunda voluntad simétrica, la entrada se sitúa a los pies de la iglesia con las escaleras en las esquinas para acceder al coro en la planta superior.

La nave principal suele medir unos 10 m de anchura aproximadamente con una altura alrededor de 7 m. En Vegaviana, dos estrechas naves laterales superiores flanquean a la principal, circunstancia que desaparecerá claramente en las iglesias posteriores, y que explica su mayor altura y la necesidad

de colocar unos contrafuertes visibles en el exterior. A partir de 1957 y en El Realengo, el coro se coloca sobre una de las naves laterales a modo de galería con un trazado longitudinal a la nave.

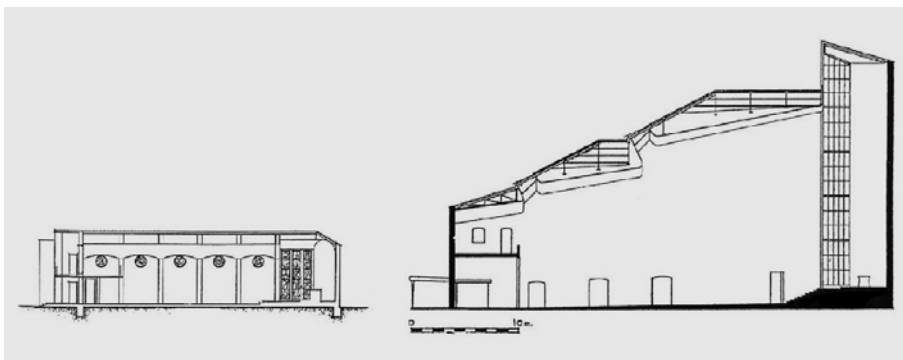
Los presbiterios presentan diferentes geometrías. El de Villalba de Calatrava es recto, el de Vegaviana es poligonal y el de San Isidro de Albatera, curvilíneo, con dos vidrieras en los laterales, un recurso utilizado posteriormente en Cañada de Agra (1962) aunque con notorias diferencias en la definición de este espacio.

Las primeras iglesias de Fernández del Amo son sencillas y austeras, se realizaron en una época económicamente difícil y formaban parte de un conjunto de edificaciones que constituían el pueblo. Esta obviedad se indica para explicar que disponían de un presupuesto limitado y la arquitectura tenía que responder a este criterio. Fernández del Amo escribía: “Un espacio –cuatro paredes y un techo– que cobijan a la asamblea alrededor del lugar de la celebración que congrega y de la que participa. Todo lo demás, el tratamiento de la luz, de los paramentos, del suelo, de los elementos de culto, han de contribuir a la función primordial de esta participación del Pan y la Palabra. Un espacio de recogimiento, de devoción privada, de meditación, de penumbra y de silencio” (FERNÁNDEZ DEL AMO, 1983).

Si se comparan las secciones de San Isidro de Albatera (1953) y la iglesia del Colegio Apostólico de Arcas Reales de Miguel Fisac en Valladolid (1952) puede apreciarse que la diferente altura de la sección longitudinal no es proporcional a su mayor superficie. La voluntad de contención de Fernández del Amo no es la misma en Fisac, que proyecta una nave cuya altura aumenta a medida que avanza hacia el presbiterio, hasta alcanzar los 22 m y colocar en el exterior del ábside una escultura de Jorge de Oteiza. La iglesia fue premiada en Viena en 1954 con la medalla de Oro en el Concurso de Arte Religioso (fig. 1).

En 1957 y 1958 se construyeron las iglesias de El Realengo y Campohermoso. Ambas presentan el baptisterio, hasta entonces siempre situado a los pies de la iglesia, con un remate en forma de chapitel estrellado que ya fue proyectado en Vegaviana unos años antes sin llegar a construirse.

En El Realengo se da el primer paso para la evolución de la planta simétrica, al desaparecer una de las naves laterales, que vuelve a recuperarse al año siguiente en Campohermoso, aunque aquí aparece un elemento repetido en Las Marinas y Cañada de Agra: “la incorporación de un muro curvo como prolongación de la nave de la iglesia hacia el presbiterio dentro de la línea iniciada por Fisac en la iglesia del Instituto de Enseñanza Media de Málaga (1953) que denominó ‘muro dinámico’ y fue ensayado en otras iglesias, a destacar por ser la más conocida, la Coronación de Vitoria (1958)” (MORALES, 1979).



1. Secciones longitudinales de las iglesias de San Isidro de Albatera y del Colegio Apostólico de Arcas Reales. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino



2. San Isidro de Albatera y El Realengo. Fotos: Miguel Centellas Soler

El recurso del muro curvo alcanza su mejor expresión en Cañada de Agra, donde encontramos una planta más orgánica con las paredes laterales convergiendo hacia el presbiterio, iluminado por una vidriera, solución parecida a la Capilla del Seminario Hispano-Americano en Madrid (1962) pero con la nave lateral situada en el lado opuesto.

Antonio Fernández Alba escribe a propósito de la arquitectura sacra de Fernández del Amo: “el espacio religioso refleja con gran nitidez la dificultad que el arquitecto moderno tiene para configurar desde la abstracción espacial el valor simbólico en lo arquitectónico y el esfuerzo que debe realizar desde el proyecto para obtener desde la manipulación de la materia, la cualidad del nuevo sentimiento del espacio. Esta dificultad y esfuerzo tratará de superarlo recurriendo al lenguaje que le ofrece la plástica moderna, lenguaje donde el sentimiento y la libertad de expresión se hacen más elocuentes y arriesgan con actitud más iconoclasta mayores aventuras innovadoras”(FERNÁNDEZ ALBA, 1983).

La arquitectura religiosa de Fernández del Amo se fundamenta en la sobriedad y en la sencillez, descarta lo innecesario y se libera de lo superfluo. En sus iglesias encontramos un alto grado de serenidad y equilibrio conseguidos con muy pocos materiales. Los muros definen un espacio interior la mayoría de las veces delimitado por unas paredes encaladas blancas.

La luz penetra con suavidad por unas vidrieras situadas habitualmente en la parte superior de las paredes y proporciona el ambiente adecuado para la oración y el recogimiento. El espacio arquitectónico lo constituyen los muros, el suelo y el techo. Los muros blancos, el suelo de terrazo y el techo presenta diferentes soluciones; en las iglesias de Almería, las cubiertas son planas y como tales se manifiestan en el interior; las cubiertas inclinadas acabadas con teja suelen mostrarse en los primeros templos, en San Isidro de Albatera (1953) y Vegaviana (1954) con falsos techos a modo de bóvedas rebajadas, que se repiten más tarde en Miraelrío (1964). El Realengo es el único caso en que el forjado inclinado de la cubierta vista en el interior se prolonga hacia la fachada para delimitar el porche de acceso, solución que no se repite más (fig. 2).

El espacio de las iglesias de Fernández del Amo es elemental; a este respecto comentaba en 1959: “esta falta de criterio que se observa en la arquitectura religiosa de hoy responde a la libertad que tiene su programa... que es una parte secundaria y queda a la apreciación subjetiva del proyectista la parte más importante; los factores inmateriales que han de intervenir en el resultado final del edificio” (FISAC, 1959).

La sección de la nave es constante en todos los edificios. No busca el protagonismo de la cubierta para crear el espacio religioso como trataron algunos arquitectos en el INC. Un ejemplo puede verse en el pueblo de Nava de Campana (Albacete, 1959) de Jesús Ayuso Tejerizo donde están claras las



3. Nave de Campana. Albacete. 1959 y Setefilla. Sevilla. 1965. Fotos: Miguel Centellas Soler

influencias del Centro de Enseñanza en Herrera de Pisuergra (Palencia, 1956) de J.A. Corrales y R. Vázquez Molezún o en la iglesia de Setefilla (Sevilla, 1965) de Fernando de Terán, en la que finalizado el Concilio Vaticano II un lucernario adquiere protagonismo sobre el presbiterio (fig. 3).

En las iglesias preconciliares la posición del baptisterio para el sacramento del bautismo suele estar próximo al acceso, en algún cuerpo adosado a la parte posterior de la nave, o bajo el ámbito del campanario (Villalba de Calatrava y Las Marinas). A pesar de la austeridad de la arquitectura de las iglesias, aparece en ocasiones (El Realengo y Campohermoso) algún elemento añadido para realzar el sacramento del bautismo, circunstancia que debe entenderse más como un factor simbólico que ornamental. Estos remates a modo de chapiteles son utilizados a veces por Fernández del Amo para resaltar algunos aspectos de los edificios públicos. Son volúmenes con base piramidal o estrellada acabados en punta, de mayor a menor esbeltez, como los empleados en el ayuntamiento de Vegaviana o en las escuelas de San Isidro de Albaterra cuya imagen sirvió como cartel y portada del libro de la Exposición realizada en el Museo Español de Arte Contemporáneo en Madrid en 1983.

Es interesante destacar el laboratorio de experimentación que resultó para Fernández del Amo el trabajo en los pueblos de colonización, al permitirle ensayar el mismo programa con diferentes soluciones. Si analizamos la posición del baptisterio en Cañada de Agra y en Puebla de Vicar, apreciamos que mientras en el primero aparece dentro de una franja longitudinal de servicio paralelo a la nave principal, en el segundo, que también dispone de esa misma banda, el baptisterio se sitúa en el lateral opuesto como un volumen independiente. Debe tenerse en cuenta que en este último caso la iglesia es más pequeña que la primera y que por tanto la significación del lugar bautismal resulta más importante dentro del conjunto.

### La planta posconciliar

Entre la redacción del proyecto de Cañada de Agra en mayo de 1962 y el de La Vereda en noviembre de 1963 se produjo un acontecimiento histórico de vital importancia que influyó en el desarrollo de los proyectos de iglesias posteriores. Se trata del Concilio Ecuuménico Vaticano II, convocado por Juan XXIII en octubre de 1962 y clausurado por Pablo VI en diciembre de 1965. Las directrices por él emanadas se recogieron en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia del 4-III-1963, sobre todo en el capítulo VII: El arte y los objetos sagrados, artículos 122 a 130.

Se trataba de hacer que la liturgia resultara más participativa para los fieles y promover su mayor acercamiento a la misma. Ignacio Vicens explica con claridad las diferencias entre las anteriores estructuras monodireccionales, convergentes hacia el punto donde se concentra la acción litúrgica, el altar,

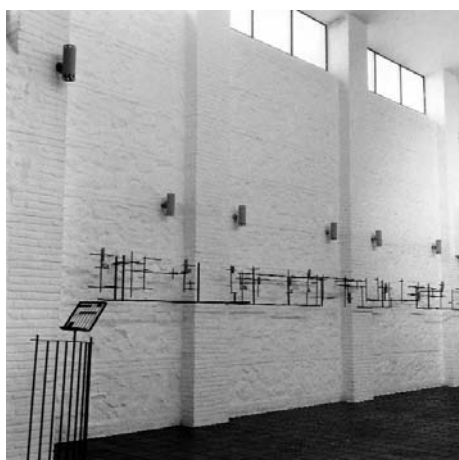
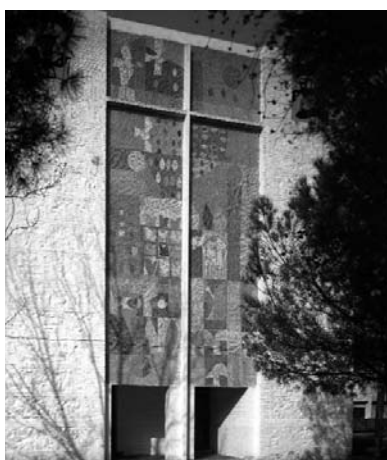


y las nuevas disposiciones posconciliares que deben ser pluridireccionales, con puntos de atención diversos y ámbitos diferenciados: “Son espacios complejos, que incluyen lo colectivo y lo personal, donde la simetría cede a la eutritmia, la convergencia ante el policentrismo, la disposición contemplativa estática ante la participativa dinámica” (VICENS, 1998).

Estas indicaciones sirven para entender la arquitectura de las iglesias de modo diferente. Queda atrás la planta basilical longitudinal y aparecen nuevas propuestas de geometría más claras y puras. En tres iglesias proyectadas por Fernández del Amo, La Vereda (1963), Miraelrío (1964) y Puebla de Vicar (1966), se ensayan plantas en forma de cuadrado y rectángulo, con el presbiterio situado en diversas posiciones. En La Vereda, un cuadrado de 15 m de lado acoge todo el programa litúrgico: santísimo, sacristía, baptisterio y el altar ubicado al final de una de las diagonales. En la Puebla de Vicar, el cuadrado es de 16 m de lado y el presbiterio se sitúa en el centro de uno de los lados, con un lucernario que lo ilumina y bancos en los otros tres. La planta más rotunda aparece en Miraelrío desarrollada en un rectángulo de 12 m de ancho y 20 m de profundidad con el altar en el centro y unos bancos a su alrededor. Esta disposición límite no fue respetada y el altar se desplazó hacia el fondo del rectángulo para colocarse junto a los dos pilares traseros que soportan la iglesia (fig. 4).



4. Puebla de Vicar (Almería, 1966) y Miraelrío (Jaén, 1964). Fotos: Miguel Centellas Soler



5. (Izquierda) Iglesia de Villalba de Calatrava: mural cerámico en la fachada de Manuel Hernández Mompó y (Derecha) vía crucis de Pablo Serrano. Fuente: AAVV. 1983. Fernández del Amo, Arquitectura 1942-1982. Ministerio de Cultura, Madrid

Es de destacar el elaborado grado de abstracción hacia el que evolucionaron las iglesias de Fernández del Amo con planteamientos más radicales en los últimos templos, concluido el Concilio Vaticano II. En La Vereda, un cuadrado con cuatro muros y una cubierta a cuatro aguas. En Miraelrío una enorme cubierta a dos aguas apenas deja ver el lateral a modo de hastial de la iglesia, y en Puebla de Vicar, cuatro muros ciegos soportan una cubierta plana, para dejar todo el protagonismo del conjunto religioso a la torre exenta.

Estas intenciones ya fueron comentadas por el arquitecto cuando decía: “Se ha evitado toda manifestación de monumentalidad en sus volúmenes y con más empeño en sus fachadas. En las últimas obras, estas se reducen a muros ciegos sin ornamentación alguna y de regulares proporciones con la sola ruptura de lo indispensable para accesos o iluminación. La elección de los materiales se ha hecho con una expresiva sobriedad. Y la sobriedad también se pretende con las proporciones” (FERNÁNDEZ DEL AMO, 1983).

Otros autores han destacado la elementalidad de esta arquitectura, como Carlos Clemente y Juan de Dios de la Hoz: “[...] las experiencias de José Luis Fernández del Amo en sus iglesias de colonización van a ser en general obras sencillas, limitadas por la economía, expresivas, sobrias e incluso con gran sentido del juego de la luz y los volúmenes”(CLEMENTE y DE LA HOZ, 1998).

### **La colaboración de los artistas**

La labor de Fernández del Amo como arquitecto es ampliamente conocida pero no lo es tanto el trabajo que desarrolló durante sus años de director del Museo Nacional de Arte Contemporáneo (JIMÉNEZ-BLANCO, 1989) y es justo reconocer que fueron fundamentales para el desarrollo de la pintura no figurativa durante los años cincuenta, a la que aportó un impulso muy importante para que muchos artistas realizaran obras en los pueblos.

En el año 1951, Franco había cambiado el gobierno, dando entrada a Joaquín Ruiz-Giménez como ministro de Educación y en octubre de 1952 José Luis Fernández del Amo era nombrado director del Museo, cargo que desempeñaría hasta su cese en febrero de 1958, y conviene recordar que en febrero de 1957 se dio a conocer el manifiesto del grupo El Paso.

José Luis Fernández del Amo desde su cargo como director del Museo y como arquitecto funcionario del INC buscó la colaboración de destacados artistas para realizar obras en las iglesias de los pueblos. Cinco de los ocho miembros del grupo El Paso realizaron obras en ellos: Rafael Canogar (Campillo del Río, Jaén), Manuel Rivera en 8 poblados, Antonio Suárez en 9, Pablo Serrano en 2 y el único fresco pintado por Manuel Millares fue destruido porque el obispo se negó a bendecirlo (Algallarín, Córdoba).

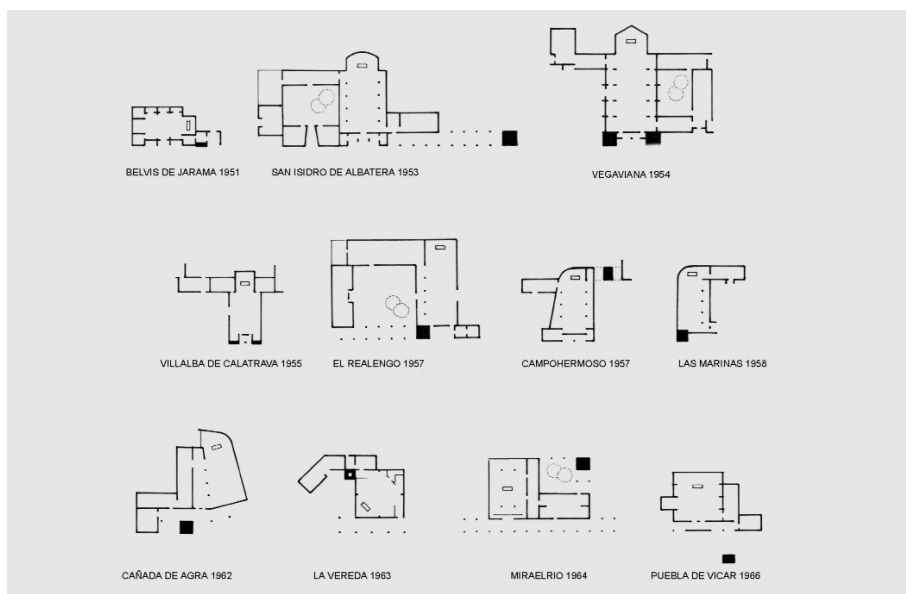
Otros autores importantes dejaron sus obras en las iglesias: Manuel Hernández Mompó, Arcadio Blasco, Amadeo Gabino, Manuel Mampaso, Antonio Valdivieso, José Luis Sánchez, Eduardo Carretero, Teresa Eguibar, Dehly Tejero, José Vento, Jesús de Perceval, Antonio Hernández Carpe, hasta casi un centenar de artistas que realizaron pinturas, esculturas, murales cerámicos, vidrieras, vía crucis, altares, calvarios y sagrarios que reflejan un patrimonio cultural muy importante y casi desconocido.

Una muestra de la relación con los artistas y su trabajo en equipo se aprecia en los dibujos que Fernández del Amo preparó para los presbiterios de diversas iglesias. Quizá las obras más conocidas se encuentran en la iglesia de Villalba de Calatrava. En la fachada se sitúa un magnífico mural cerámico de Manuel Hernández Mompó y en el interior un espléndido vía crucis de Pablo Serrano (fig. 5).

## El campanario como hito

Al viajar por las carreteras españolas no es difícil distinguir en el campo las torres-campanarios que destacan sobre las viviendas de los pueblos. Es un modo de localizar en el territorio esos poblados alejados de las vías de comunicación principales y se convierten en hitos de referencia en el paisaje. En una conversación con Fernández del Amo, en mayo de 1995, comentaba que no había criterios que prefijasen la relación del campanario con la iglesia. Al analizar la figura 6 puede observarse que en los templos más pequeños (Belvis de Jarama y Villalba de Calatrava), de alrededor de 200 m<sup>2</sup>, la torre se sustituye por una espadaña para alojar las campanas, en el caso de Villalba por una doble espadaña. También se aprecia que no hay ninguna regla que regule la posición del campanario respecto a la nave de la iglesia.

De las nueve torres proyectadas en las iglesias sólo hay dos que presentan una posición parecida, El Realengo y Las Marinas, situadas en una esquina a los pies de la nave, pero en la primera el acceso se ubica junto a la torre y en la segunda en el lateral, alejado de la misma. En Vegaviana, una de las plantas basilicales más convencionales, dos torres simétricas enmarcan el porche de acceso. En La Vereda se produce una situación muy particular al localizarse el acceso a la iglesia debajo del campanario y precisar de un tramo de escalera complementario para subir al primer nivel. Otro caso singular se observa en Campohermoso, donde se sitúa sobre un porche que une el templo con el edificio administrativo y una calle que pasa bajo la torre. En Puebla de Vilar se plantea en una posición exenta y aislada. El resto de las iglesias presentan una relación muy clara con elementos porticados. En Miraelrio, se sitúa en una esquina para delimitar un patio y en posición alejada al porche de acceso. En San Isidro de Albatera, se coloca la torre al final de un largo atrio de casi 40 m de longitud pero separado del acceso. La solución más interesante se da en Cañada de Agra, donde la torre se ubica delante del porche, tangente al mismo, para producir un cierto grado de privacidad, pero sin llegarse a enfrentarse a las puertas.



6. Plantas de las iglesias y su relación con el campanario. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino



7. El Realengo. Alicante. 1957. J.L. Fernández del Amo. Foto: Miguel Centellas Soler



8. Campohermoso. Almería. 1957. J.L. Fernández del Amo. Foto: Miguel Centellas Soler



9. Puebla de Vicar. Almería. 1966. J.L. Fernández del Amo. Foto: Miguel Centellas Soler



10. El Batán. Cáceres. 1956. S. Álvarez. Foto: Miguel Centellas Soler



11. Llanos de Sotillo. Jaén. 1956. J.A. Corrales. Foto: Miguel Centellas Soler



12. El Priorato. Sevilla. 1971. A. Fernández Alba. Foto: Miguel Centellas Soler

La mayoría de las torres son de planta cuadrada, de lado aproximado de 4,5 m, y desarrollo de cuatro tramos por planta con hueco central, excepto en Puebla de Vicar donde la escalera es de dos tramos y las mesetas quedan abiertas al exterior.

Los campanarios de las iglesias son cuerpos paralelepípedicos que se presentan como volúmenes elementales rematados con las campanas (fig. 7, 8 y 9).

Es importante destacar el esfuerzo de contención formal y de austeridad que se refleja en estas torres a diferencia de otros ejemplos construidos por Fernández del Amo en Madrid coetáneos con su trabajo en el INC, como la Capilla del Seminario Hispano-Americano en la Ciudad Universitaria (1962) donde un grueso muro en forma de espadaña se remata con una compleja estructura metálica a modo de lámpara, o en Nuestra Señora de la Luz (1967) en la que cuatro esbeltos pilares de hormigón unidos por un entramado ligero soportan la cruz superior.

Otros arquitectos al servicio del INC buscaron en los campanarios una expresión formal llamativa y volcaron sus esfuerzos para convertir las torres en elementos destacados de la arquitectura de los pueblos. Algunos ejemplos pueden verse en El Batán, Llanos del Sotillo y El Priorato entre otros (fig. 10, 11 y 12).

Sirva este artículo para realzar en nuestra historia arquitectónica la figura profesional de José Luis Fernández del Amo y el interesantísimo trabajo de experimentación que desplegó con unos presupuestos reducidos y grandes limitaciones. Su capacidad para ensayar diferentes soluciones para su programa fijo y reiterado asemeja su labor a su trabajo de laboratorio, paciente y metódico, pero también innovador. Su decisiva contribución para que tantos artistas pudieran plasmar sus creaciones es otro mérito del arquitecto digno de remarcar.

## Nota

Este artículo forma parte de la Tesis Doctoral: *Los pueblos de colonización de José Luis Fernández del Amo. Arte, Arquitectura y Urbanismo* leída en la Universidad Politécnica de Cataluña en diciembre de 2006.

## Bibliografía

CLEMENTE, C. y DE LA HOZ, J. D. "Iglesia de San Juan de Ávila en Alcalá de Henares", Dieste en España. *Ars Sacra* n° 7, 1998.

FERNÁNDEZ ALBA, A. "Arquitecturas para una sonata de primavera". En *Fernández del Amo. Arquitectura 1942-1982*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1983.

FERNÁNDEZ DEL AMO, J. L. "Arquitectura de la liturgia". *Alférez*, n° 16, Madrid, 1948.

FERNÁNDEZ DEL AMO, J. L. "De mi arquitectura religiosa". En *Fernández del Amo. Arquitectura 1942-1982*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1983.

FISAC, M. "Problemas de la Arquitectura Religiosa actual". *Arquitectura* n° 4, 1959.

JIMÉNEZ-BLANCO CARRILLO DE ALBORNOZ, M. D. *Arte y Estado en la España del siglo XX*. Madrid, Alianza Forma, 1989.

MORALES SARO, M. C. *La arquitectura de Miguel Fisac*. Colegio de Arquitectos en Ciudad Real, Ciudad Real, 1979.

VICENS I. "El espíritu de las formas. Arquitectura religiosa y programa litúrgico". *Arquitectura Viva* n° 58, 1998.





03\_ Con nombre propio: singularidades





“Hay pueblos a los que se va y pueblos por los que se pasa: por Esquivel se pasa. El trazado es rígido; es rígido porque Esquivel nació de una vez, de un solo golpe y, además, sobre un terreno llano como la palma de la mano. Se desarrolló abriendo su plaza en abanico hacia la carretera de Sevilla a Lora; así enseñará a quien pasa sus mejores edificios, lo mejor que dentro tiene: delante, la iglesia y el Ayuntamiento; en primera fila del pueblo, el médico, el secretario del Ayuntamiento, los maestros, comerciantes y la demás gente representativa; al fondo, todo el pueblo... La casi totalidad de sus vecinos han de vivir en casas que, unidas, forman íntimas y estrechas calles y más íntimas plazoletas.”

Alejandro de la Sota, 1989

# Alejandro de la Sota. Cinco poblados de colonización

Zacarías de Jorge Crespo, arquitecto. Grupo de Investigación “Proyecto y patrimonio”,  
Universidad de Sevilla

El último proceso de colonización interior de España produjo una cantidad importante de piezas de arquitectura. Se proyectaron numerosos poblados de colonización por arquitectos relevantes, a partir de unas premisas y programas generales, todos con la seguridad de realizarlos desde una posición teórica y académica, cada uno como respuesta de conjunto, para dar urbanidad al campo. Más allá de lo que es la imagen típica de estos poblados, encontramos valores intrínsecos en esta arquitectura muy interesantes. Por lo reciente de la ejecución de estos poblados –quizás ya no tanto– y la falta de su estudio por la lejanía de los círculos culturales no han tenido la atención y consideración de patrimonio arquitectónico común de la Arquitectura Moderna.

En este proceso de colonización interior parece tenerse en cuenta la experiencia de nuevos asentamientos regulados que desarrolla España desde el Renacimiento, con la gran explosión que supuso la colonización de América, reconociéndose algunos principios de los distintos procesos colonizados. En el siglo XX, los procesos de colonización interior arrancan con la Ley de Colonización y Repoblación Interior de 1907; el objeto de la Ley fue “arraigar a las familias desprovistas de medios de trabajo o de capital para subvenir a las necesidades de la vida, disminuir la emigración, poblar el campo y cultivar las tierras incultas”<sup>1</sup>. El modelo de implantación que propone es el de vivienda en parcela, con servicios en un centro comunal independiente; esto no solucionó el aislamiento humano, problema principal de este modelo, que, junto a la mala calidad de los terrenos colonizados, lo llevaron al fracaso. A partir de esa experiencia, en la Segunda República se da un nuevo enfoque a la colonización interior. Queda establecido en la Ley de Puesta en Riego de 1932, encaminada a la colonización integral, coordinando las acciones de política hidráulica y de colonización en la escala regional. El debate se establece desde esquemas territoriales hasta la definición de los poblados como concentración mínima de población y servicios comunitarios; las viviendas han de satisfacer requisitos funcionales e higiénicos y se estudia el crecimiento de la célula para ampliaciones posteriores. Todo este proceso de la transformación y colonización de grandes zonas en España se retoma tras la guerra con la Ley de Colonización de Grandes Zonas de 1939, conocida como *Ley de Bases*; el objetivo de esta ley queda definido en la Base 1<sup>a</sup>: “Se definen como colonizaciones de alto interés nacional las que, transformando profundamente las condiciones económicas y sociales de grandes extensiones de terreno, exigen para su ejecución obras o trabajos complejos que, superando la capacidad privada, hacen necesario el apoyo técnico y financiero del Estado”<sup>2</sup>. El fundamento de la Ley de Colonización de Grandes Zonas fue crear la infraestructura necesaria para la transformación rural entendida de manera integral. Como primer paso, se establece en la Base 16 que corresponde al Instituto Nacional de Colonización (en adelante, INC) la redacción del Proyecto General de Colonización, en el que se determinan las directrices de la colonización, como se especifica en la Base 17, que “ha de ser de colonización completa, llegando a determinar el número de familias que se han de instalar en las zonas colonizadas, los cultivos principales a que se han de dedicar y las condiciones de instalación de colonos”<sup>3</sup>.

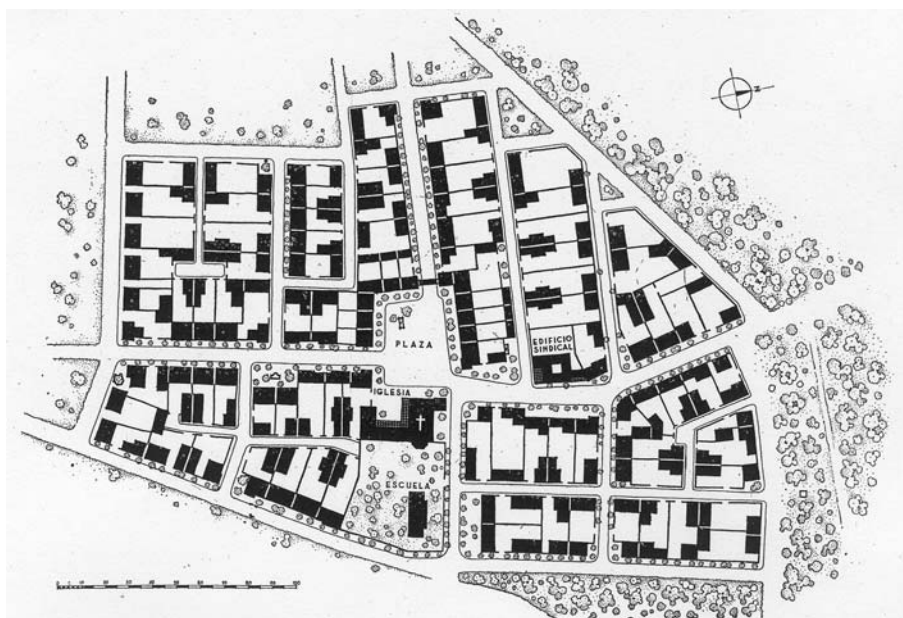
Visto este proceso de colonización desde la arquitectura, nos interesa por los asentamientos. Sin entrar en la discusión del modelo de asentamiento, nos centraremos en el poblado como asentamiento extenso en cuanto al número de familias y la dotación de servicios comunitarios. La configuración de los poblados de colonización está determinada por el solar, suficiente para implantar la vivienda y las dependencias agrícolas, además de permitir el movimiento de materias y ganado. El arquitecto José Tamés Alarcón, Jefe del Servicio de Arquitectura del INC (1943-1975), nos describe los programas de las viviendas y de los servicios comunitarios (TAMÉS, 1987: 4-12); queda fuera del ámbito de este estudio. Se debe tener en cuenta que todo el proceso de colonización se retroalimenta, es decir, en todos los sentidos los parámetros que se aplican son variables por la constante verificación que se hace de ellos, en particular cuando se pasa del carro al tractor. Al principio los solares se dimensionaron con 450 m<sup>2</sup> y al final con 600 m<sup>2</sup>. Esto determinará, como primer elemento del proyecto, la baja densidad del poblado de colonización que se traduce en la importancia que adquieren los cerramientos delimitadores en relación con las superficies de fachada del conjunto edificado. En el poblado de colonización la tapia es el límite que conforma el espacio público en contraposición a la ciudad, compacta en sus frentes y abierta en el interior. La tapia pasa del mundo de la medianería a la fachada que da continuidad al poblado. Por otro lado, la estructura general de estos poblados y su aspecto estético siguen, en general, las recomendaciones del INC, que podemos reconocer en muchos de ellos. En primer lugar, se considera la adaptación del asentamiento al terreno, en cuanto a posición respecto de las tierras a las que va a servir, ya que se considera que debe situarse en el centro de una circunferencia de 3 o 4 km de radio; asimismo, la elección del lugar para el poblado corresponderá con las peores tierras para el cultivo, por ser superficie perdida para la producción. Debido al carácter de estas poblaciones, se buscan en general localizaciones próximas a carreteras para evitar en lo posible el aislamiento y facilitar el acopio y la distribución de productos; el poblado se separará de la vía de acceso por un bosque. Los asentamientos deben responder a una arquitectura popular de la región en que se ubiquen, tanto desde el punto de vista constructivo como desde el punto de vista estético, aunque en parte, lo segundo se deriva de lo primero. Para la economía de las obras, es importante la adecuación constructiva del proyecto al entorno en que se construye, ya que la mano de obra disponible debe ser local; el desplazamiento de obreros cualificados y el acopio de medios constructivos nuevos no son posibles. Se adopta el muro de carga de tapial como sistema constructivo y estructural generalizado. En cuanto al trazado urbano, se deben evitar calles sin cierre de perspectiva, con independencia del grado de importancia y de su longitud. En el proceso de diseño de ese trazado se avanza en la separación de circulaciones, con vías independientes para el acceso a la vivienda y a las zonas traseras de anejos agrícolas; aunque es deseable no es preceptivo. Se presta especial atención a la plaza, que se recomienda tenga partes porticadas; en ésta se situarán el ayuntamiento, la iglesia y las viviendas con comercios, como núcleo más importante de relación comunitaria. Tampoco se olvida el espacio urbano y su mobiliario, que son objeto del proyecto. Por último, se consideraba la previsión de terrenos para la posible industrialización con base en la producción agrícola.

Con estas recomendaciones del INC y más allá de su estricto significado, Alejandro de la Sota proyectó cinco poblados de colonización, en los que avanza de una propuesta a la siguiente: Giménells (Lérida), Esquivel (Sevilla), Entreríos, Valuengo y La Bazana (Badajoz); el primero es de 1945 y los otros cuatro de 1952-56<sup>4</sup>. La serie está ordenada en el proceso de evolución. De la Sota, en estos proyectos, vistos en conjunto, nos da una dimensión distinta del urbanismo desarrollado en estos poblados con unas intenciones abiertas y en los que la geometría cada vez está más olvidada, aun cuando de la Sota diga que los proyectos salen del tablero. En cada ejercicio se aleja más del planteamiento del INC. También podemos entender cómo todos se proyectaron por la misma cabeza y que Esquivel, el más conocido de todos, no es sino una parada en el camino de la serie de proyectos.

De la Sota proyecta Giménells cuando trabajaba para el INC, poco después de obtener el título. El poblado parece una transposición de los principios reguladores descritos según se analiza en la *pers-*

pectiva del poblado<sup>5</sup>: situado en un cruce de caminos, las calles crean una malla ortogonal discontinua, con circulación independiente; en el centro, se abre la plaza, próxima a la idea de plaza mayor, con los edificios relevantes cerrándola. Se puede apreciar la baja densidad del poblado que contrasta con la mayor densidad de la plaza. También es interesante comprobar la excentricidad de las edificaciones en los solares que intentan colmar los frentes a las vías públicas y dejan las tapias sencillas en el interior de las manzanas; las edificaciones están alineadas en el plano de fachada. Pero la planta del conjunto construido es diferente. El cruce de caminos en el que se ubica el poblado tiene una cierta inflexión, que deforma la ortogonalidad del trazado de las calles, originando manzanas irregulares; la plaza se mueve desde el centro geométrico de la planta hasta casi abrirse a una de las calles perimetrales, colocando la iglesia entre los vacíos de la plaza urbana y del jardín trasero desde el que se accede a las escuelas y abierto al perímetro. Aunque encontremos esas diferencias hay igualdades: la plaza tiene las mismas formas y los mismos edificios y la iglesia de la perspectiva es la realizada. En este proyecto, la planeidad es uno de los problemas que se describen en la memoria de presentación del proyecto en la *Revista Nacional de Arquitectura* (AA.VV., 1948: 439-443). Cuando no hay desniveles sólo parecen aprovechables los caminos, acequias y desagües que definen el perímetro del poblado para su traslado al interior, convirtiendo el proyecto en un juego geométrico determinado por esos elementos del territorio circundante.

No sólo en esas diferencias apreciadas se encuentra el germen de las siguientes propuestas, como idea de generación de un poblado, en los que se aprecia un trazo regulador. En el tiempo que transcurre entre Giménells y el resto de poblados, de la Sota madura en lo teórico. En el texto Puntos básicos de una posible orientación arquitectónica define cinco objetivos; como tales, todos empiezan por “Conseguir...: Primero: Conseguir que el hombre viva mejor. Que la ciudad sea alegre, humana y abierta al paisaje [...] Tercero. Conseguir la humanización del paisaje natural, pero sin destruir sus valores, restaurando, de esta forma, el aniquilamiento que la urbanización y la arquitectura moderna han realizado en el paisaje” (PUENTE, 2002: 14).



1. Planta de Giménells (Lérida). Fuente: AA.VV. Vivienda agrupada – Pueblo de Giménells. *Revista Nacional de Arquitectura*, núm. 83. Madrid, 1948. p. 440

En el periodo de realización de estos otros cuatro poblados de la Sota manifiesta un gran interés por el paisaje. En una sesión crítica de 1952, titulada *La arquitectura y el paisaje*, encontramos: “Dice la Real Academia: *paisaje es una porción de terreno considerada en su aspecto artístico*. Nada indica esta definición si en esta porción de terreno ha de haber o ha de faltar la edificación, la obra de fábrica; por tanto, es de creer que pueda existir o pueda faltar” (PUENTE, 2002: 134). Y habla del saber hacer del hombre constructor mimético con el entorno, que aprendió de los materiales propios; y de los horrores que hemos alcanzado a denominar “urbanismo salvaje”, con un territorio entendido como suelo para edificar. En estos poblados de colonización y en proyectos como la vivienda unifamiliar Guzmán (Madrid, 1972) o la urbanización en Alcudia (proyecto, 1984), de la Sota tiene presente como material del proyecto la idea de completar el paisaje y no actuar contra él. La implantación que de la Sota proyecta para cada uno de estos otros poblados supera la lectura realizada en el despacho de unos planos topográficos y de localización, ya que son sensibles a la ubicación territorial que tienen, por lo que se puede deducir que el arquitecto visita el lugar en el que realizará cada proyecto. Aunque podemos expresarlo de otro modo: de la Sota aprovecha la ocasión que le brinda una topografía ondulada y fija el proyecto en el territorio, frente a la situación habitual de planeidad territorial a la que se enfrentan muchas de las localizaciones elegidas para la ubicación de los poblados que, como en Gimenezells, facilita la implantación de una trama ortogonal en la que se entrecortan recorridos y vistas como juego geométrico.

En la monografía que de la Sota realiza de su obra, incluye en el *Apéndice* estos otros cuatro poblados de colonización, profundizando en el proyecto de Esquivel en *Obras y proyectos*. Dada la claridad con que expresa las claves de este proyecto y, por extensión, de los otros tres en cuanto a la forma de proyectar, sus palabras ilustran este análisis:

“Nada hay tan difícil en nuestra labor de arquitectos como el conseguir la exacta ambientación para nuestros trabajos...

Es Esquivel (ver plano en p. 193) un intento de tomar como maestros a quienes siempre hicieron los pueblos, y que los hicieron por cierto de maravilla: los albañiles y maestros de obras pueblerinas.

Hay pueblos a los que se va y pueblos por los que se pasa: por Esquivel se pasa. El trazado es rígido; es rígido porque Esquivel nació de una vez, de un solo golpe y, además, sobre un terreno llano como la palma de la mano. Se desarrolló abriendo su plaza en abanico hacia la carretera de Sevilla a Lora; así enseñará a quien pasa sus mejores edificios, lo mejor que dentro tiene: delante, la iglesia y el Ayuntamiento; en primera fila del pueblo, el médico, el secretario del Ayuntamiento, los maestros, comerciantes y la demás gente representativa; al fondo, todo el pueblo... La casi totalidad de sus vecinos han de vivir en casas que, unidas, forman íntimas y estrechas calles y más íntimas plazoletas.” (DE LA SOTA, 1989: 22).

De la Sota nos expresa en estas palabras el sentido del proyecto determinado por el INC: la implantación y las viviendas deben responder a las necesidades de los colonos. Con el proyecto se ha de conseguir un marco adecuado desde lo “estético” (reflejado en la orientación arquitectónica), mientras que se establece mayor libertad en lo “funcional” (fijado en el trazado urbanístico). Se huye del pintoresquismo, ya que el poblado se hace de una vez, en un tablero, con la teoría en la mano. De la Sota nos muestra su conocimiento de las reglas establecidas y como encuentra el modo de sobrepasarlas.

De Esquivel siempre se hace la referencia del “abanico” por la forma de sector circular que presenta la planta; pero es algo más que esa figura geométrica. En un croquis preparatorio (AA.VV., 1997: 39) podemos ver que la implantación es un arco carpanel, con ejes divisorios a modo de dovelas y dos de sus

centros marcados. La solución final respeta en parte este croquis: esos dos centros del arco se configuran como el ayuntamiento y la iglesia, en el espacio libre entre la carretera de acceso y la fachada porticada que se construye, que entiende como auténtica plaza ese espacio abierto, que protege en la zona posterior todas las viviendas. Propongo otra lectura a esa anomalía, que está en lo que no se ha contado de la ubicación territorial. El poblado se sitúa en una superficie muy llana, de características similares a Giménells, pero enfrentada al valle, en el corte de nivel que hay frente al río Guadalquivir, con Sevilla al fondo. No hay que ver el poblado sobre sí mismo, sino en el territorio: la superficie ocupada por el poblado se contrapesa con el vacío frente al valle, que se convierte en el centro, lugar que corresponde a los usos públicos administrativo y religioso, en los que se sitúan el ayuntamiento y la iglesia, que, con su campanario, es la referencia visual del poblado en el entorno y una de las imágenes características. Dicho según de la Sota, “Hablaba hace poco tiempo con Richard Neutra en Madrid de cómo el paisaje se extiende desde el horizonte hasta nosotros mismos, nos incorpora a él: el paisaje es el aire que respiramos” (PUENTE, 2002: 27-28). La leve inflexión de la malla ortogonal mantiene la rigidez interior, si cabe mayor que en Giménells, quizás es una de las tramas más rígidas de un poblado, pero consigue constantemente la pérdida de la referencia de la fuga y profundidad de visión desde cualquier calle haciendo el espacio público en el interior de la trama recogida, excepto la que define el eje axial de la localidad, marcada por un baldaquino sobre la línea iglesia-ayuntamiento. Desde el exterior de la trama, la lectura del poblado es unitaria y compacta, con los frentes del perímetro contruidos con viviendas y circunvalado por una vía. En el interior, se produce la separación de circulaciones, constante en todas las implantaciones que proyecta de la Sota: acceso peatonal a las viviendas y acceso rodado a las puertas traseras de patio y anejos. La exclusión total de vehículos en las calles peatonales permite la creación de aperturas que conforman plazas interiores en la trama, como una estancia más de la casa, abierta, que pretenden ser los pulmones de la relación de vecindad.

Si por Esquivel “se pasa”, a Entreríos, Valuengo y La Bazana se va; son poblados en el final de una carretera. Los tres poblados se generan a partir de la idea proyectada en Esquivel. Parte de la premisa de la llegada por la carretera, que se introduce hasta la plaza; por tanto, todos los poblados muestran como primer punto del asentamiento el lugar más importante, la plaza, en la que se ubican todos los edificios públicos y de relación social, por la que se circula antes de alcanzar los elementos de distribución menor; las viviendas quedan detrás. De estos tres poblados, es Entreríos en el que mejor se aplica ese principio, con una plaza vuelta sobre sí que cierra el espacio en el sentido de la llegada; queda equilibrada por la relación de los volúmenes con que se estructura. De este modo se conforma el centro del poblado como una plaza abierta, únicamente inundado por la iglesia, que se trata como un objeto escultórico de referencia, utilizando el porticado como hilo que recorre y unifica la plaza. La situación de Entreríos se realiza en lo alto de un cerro no muy pronunciado, en una posición dominante de los ríos de los que depende, entre las aguas del Guadiana y del Zújar. De la Sota emplea el mismo sistema de malla flexionada que en Esquivel, aunque aplicando una mayor fuerza en los extremos, hasta alcanzar casi la forma de herradura, forma que se cierra parcialmente en el proyecto inicial. La implantación resulta adecuada para la topografía del lugar, ya que las calles de circulación principal toman una cota de nivel constante, mientras que las calles transversales, que son las calles cortas de la trama, tienen una suave pendiente. La separación de circulaciones resulta un poco más difusa que en el caso de Esquivel, aunque se consigue de manera adecuada su distribución desde la calle perimetral para circulación de vehículos que envuelve el poblado y calles intermedias peatonales. Las plazas peatonales están más rotas que las de Esquivel y hay espacios abiertos grandes en las traseras de los corrales destinadas a vehículos y el trasiego de mercancías y animales. El resultado del conjunto es más disgregado que el de Esquivel, pero se entiende cuando se conoce aquél.

La Bazana y Valuengo se encuentran muy próximos, en un área de regadío al sur de la provincia de Badajoz. La Bazana no tiene forma en sí. Se trata de una implantación que aprovecha el territorio cir-

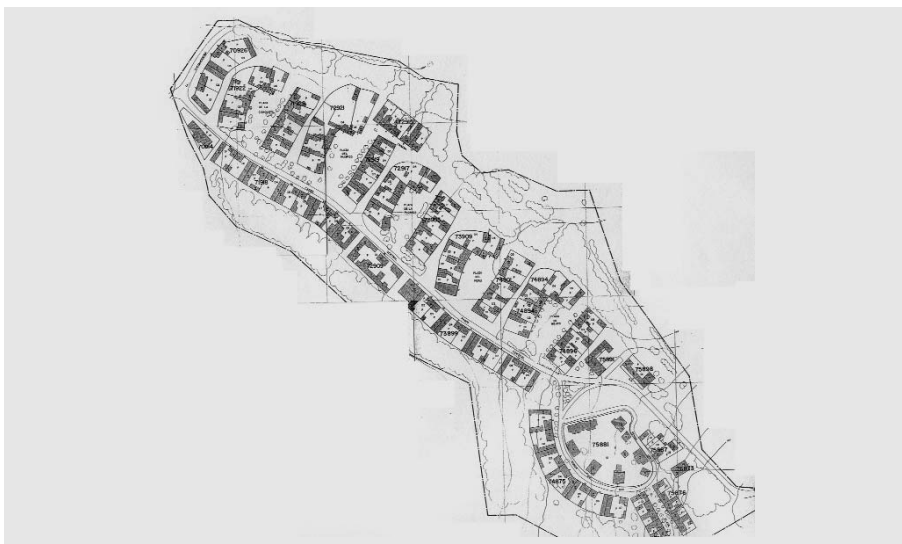
cundante y las vistas que tiene. Al llegar al poblado se repite el esquema analizado, con un núcleo público, en el que la iglesia cierra la perspectiva frontal de la carretera de acceso, en el lateral derecho el ayuntamiento y en el otro lateral un promontorio marcadamente circular que se circunda con una calle por la que se asciende al centro, en el que se sitúan los otros edificios de uso público, hoy abandonados. El cuerpo residencial se determina a partir de un eje lineal de circulación que nace junto a la iglesia; es bastante plano y se anima con leves inflexiones que cambian la perspectiva. Sobre este eje se adosa en un lateral una hilera de continuo construido mientras que en el otro lado se van agregando núcleos de plazas elevadas respecto de la calle, cerradas por viviendas, utilizando la separación exterior a la plaza de cada uno de estos núcleos como intersticio de acceso rodado a los corrales traseros. Aquí el esponjamiento de la trama deja espacios muy abiertos frente a las viviendas, con un mínimo tratamiento de acera perimetral sobre las fachadas de las viviendas que los cierran. Los accesos traseros a corrales son calles más conformadas y de dimensión ajustada al uso. Es interesante ver cómo el territorio se incorpora a las visuales que se generan: el frente continuo de casas blancas se cierra por un perfil montañoso oscuro, vista que se percibe desde todas las plazas; en la dirección de movimiento desde la llegada hacia el final del pueblo, dominando la parte alta de tapias y tejados, encontramos el interesante perfil de Jerez de los Caballeros.

Valuengo es el poblado de más confusa distribución, visto hoy. En un croquis preparatorio su estructura es heptagonal, con un marcado centro y seis brazos iguales y alargados y el último algo desgajado. Pero Valuengo está situado en la ladera de un cerro, sobre un pliegue de suave pendiente, que quiebra en la parte superior en un plano de pendiente más pronunciada, límite del pueblo. El esquema mantiene la intención, aunque muy desfigurada. Se accede desde la parte alta; este acceso se bifurca en la calle principal y en la ronda. Esa calle principal está conformada en su primer tramo por los edificios públicos, a un lado y al otro, las escuelas, el ayuntamiento, la iglesia, etc., hasta que la calle llega a un punto en que se diluye en la recogida de los fondos de las calles de acceso de vehículos, ya que éstas cuentan con acceso desde la ronda exterior. Entre la calle principal y la ronda se desarrolla el programa de viviendas del poblado, abiertas a plazas alargadas y muy deformadas, tanto las plazas como las calles traseras. Sorprende la ausencia de seriación parcelaria, sobre todo analizando aquel croquis preparatorio con una estructura radial centrada; este proceso de destrucción de la parcelación homogénea de la Sota lo inicia en Entrerrios, lo incrementa en La Bazana y acaba por estallar en Valuengo. El resultado casi alcanza a ser pintoresco por la flexibilidad que adopta el esquema, en contraposición con la rigidez que mostraba el proyecto de Esquivel. Por último, en Valuengo adquieren gran importancia los adarves peatonales transversales que conectan el esquema radial de manzanas largas, que en sí crearía paquetes infranqueables, mejorando esa comunicación transversal de la implantación.

En Valuengo y La Bazana, de la Sota ha olvidado los juegos de geometría para entender más el lugar, proceso que se intuye en Entrerrios analizando estos otros poblados, aunque Entrerrios debe mucho a Esquivel, pues el sustrato es el mismo. A fuerza de repetir el ejercicio nos muestra la soltura que alcanza el trazo.

Actualmente, los espacios abiertos tienen un tratamiento mínimo o nulo; en este sentido, no hemos de olvidar que para un hombre de campo una planta que no dé algún fruto, o beneficio, no sirve para nada o sólo sirve para dar trabajo. Es seguro que hay más dejadez y destrucción por esto último que por la intención propia del INC o del proyectista, preocupados por la calidad del conjunto, incluidos los espacios comunitarios de relación.

En los proyectos de los poblados de colonización merecen mención especial las iglesias por ser los únicos espacios con interiores singulares, como monumentos, que pueden “proyectarse”, dada la escasez de medios y que sólo se permite algún exceso en los edificios con función representativa. Las igle-



2. Planta de La Bazana (Badajoz). Fuente: Plano Catastral de Hacienda

sias se convierten en los edificios que dan carácter al espacio público en el que se encuentran. La iglesia de Giménells es como cabría esperar en una población modesta: nave a dos aguas y tambor en el altar, con el cuerpo de campanario adosado; nada parece aportar metida en el caserío como ocurre en cualquier pueblo. Caso contrario ocurre con el resto de los proyectos. En estas otras iglesias la luz se convierte en un material más y se crea el sistema para que en cada edificio la tenga en la medida precisa. El cuidado que de la Sota pone en estos proyectos queda demostrado al recoger las ideas generadoras de estos edificios en otros posteriores. En Esquivel, la iglesia es autónoma en el espacio abierto y su situación está determinada por el lugar que impone la geometría, queda marcada por el campanario independiente, que domina todo el poblado; se emplea un esquema de caja pequeña –nave de la iglesia– contra caja grande –altar–, que permite una entrada de luz por el intersticio del encuentro, resultando muy iluminado el altar y en contraluz la nave de la iglesia<sup>6</sup>; este mismo esquema lo toma de la Sota para el proyecto de un centro parroquial (Badajoz, 1984), en el que la iglesia se proyecta con una sección similar a la sección de la iglesia de Esquivel, depurando los trazos.

Para la iglesia de Entreríos de la Sota emplea un volumen cilíndrico con un derrame muy suave, situado en el centro de la plaza<sup>7</sup>. Está conectado a la plaza por el porticado que lo circunda, completado con el centro parroquial; resulta un cuerpo escultórico al tener un tratamiento de ladrillo visto en contraposición al resto del poblado que es blanco; no existe el campanario, que habría entrado en competencia con la iglesia, y se coloca una espadaña simple en las dependencias parroquiales, que forman otro edificio. En este caso, dada la situación en un cerro, no es necesario poner una marca en el territorio para localizar el poblado. El interior tiene una sección parabólica radial, abierta con una linterna, y está invadido por la forma sinuosa del coro. Este proyecto tiene conexiones claras tanto con el concurso de un Centro Parroquial (Cuenca, 1957), donde retoma la forma cilíndrica con helicoide ascendente en el interior de la iglesia, como con las formas curvas interiores del proyecto de la casa en la calle Doctor Arce (Madrid, 1955).

En cuanto a Valungo, encontramos a primera vista una iglesia de gran simplicidad: planta rectangular con volumen interior en apariencia desproporcionadamente alto y cubierta a dos aguas. Con una